

España por fines que los de la ciudad no comprendían. Sin más averiguaciones el vulgo ignorante y crédulo conspiró tumultuosamente; juntóse gran multitud llena de cólera, y dando gritos amenazaba al convento en tono altanero, sin que bastase la satisfacción que les daban; porque, ó no lo entendían, ó no querían darse por entendidos. Tarde al fin y con mucho trabajo pudieron persuadir al pueblo furioso, que esto era adelantar más la causa de Rosa y que nunca debía tener inconveniente en obedecer los decretos del Romano Pontífice, cuya desobediencia tampoco podía ser grata á la virgen; que sus reliquias estaban muy bien guardadas y seguras en el primer sepulcro y que acerca de ellas, teniendo ya noticia de la Constitución Apostólica, no se debía permitir ni obrar nada que disonase de lo que ordenaba la Sagrada Congregación de Ritos. Con gran dificultad se vino á quietar el pueblo; contentóse con saber que las reliquias de su amada Rosa estaban bien guardadas y en lugar seguro.



#### CAPÍTULO IV

Rosa después de su fallecimiento aparece gloriosa muchas veces á varias personas.

**A**LFONSA Serrano, de quien se hizo mención arriba, así como fué mientras vivió la más querida y con quien más familiarmente trataba la virgen, así después de su muerte fué más favorecida, apareciéndosele con mayor frecuencia. Entre todas estas apariciones la más ilustre fué la que tuvo cuando vió á la Reina del cielo que estando en pie delante del solio augusto de la divinidad, tenía en la mano una corona, y al parecer esperaba para coronar felizmente las sienes de una persona que había de venir á recibirla en las gradas de aquel majestuoso trono. Vió que por otro lado venía un coro de vírgenes que llevaba en medio á Rosa, con gran fiesta y grandes señales de regocijo, para presentarla á la Reina soberana de las vírgenes. Las que componían aquel glorioso escuadrón tenían todas en las manos palmas triunfadoras y coronas en la cabeza; solo á Rosa, aunque llevaba palma, le faltaba la guirnalda. Alfonsa fuera



de sí por la admiración y el gozo, fluctuando entre los dos extremos y sin poder valerse, cuando esperaba ver el fin de tan gustoso suceso y la coronación de Rosa, despertó despavorida, quejándose del sueño que envidioso de su dicha cortó el hilo al mejor tiempo. Pero Rosa, como fina amiga, la consoló al día siguiente, aumentando con crecidas ventajas los gozos que había antes malogrado. Manifestóse entonces rodeada como antes de hermoso tropel de vírgenes, vestidas de gala, como si asistieran á bodas; y ya no solo adornaba su diestra la vistosa palma, sino también traía coronadas las sienes con florida guirnalda de inmensa gloria. Dábanle alegres plácemes los ángeles que dispuestos en hileras hacían coro con innumerables ejércitos de bienaventurados, y unos y otros con júbilo y alegría, como á triunfadora, la hacían la salva con música y alegres parabienes. Volvió en sí Alfonsa, después de estas visiones; y porque, como humilde, no se pagaba de su solo parecer, consultó á sus Padres espirituales, dejando á su recto criterio el sentido de una y otra revelación. Mas viendo los efectos que habían hecho en su alma, concordaron todos que era divina la aparición y que no había que temer que fuese ilusión fantástica.

Un varón excelente en teología mística, celebrado en aquel tiempo y en aquel reino por su grande contemplación y experiencia en las cosas divinas, dijo en secreto al contador D. Gonzalo de la Maza, como testificó por palabra y por escrito en el proceso que formaron los Jueces apostólicos: que claramente por espacio de tres semanas se le había manifestado la gloria de la virgen, no menos de veintidos veces, ya en visión intelectual, ya en imaginaria. Entre todas fué muy notable aquella en que vió intelectualmente todo el candor virgíneo de la pureza de Rosa, con las dotes y laureola que la correspondían; sin que esto se representase con imágenes corporales, sino solo con una irradiación, que ilustrando el entendimiento le daba noticia sosegada y quieta de la gloria que la virgen gozaba. Y si

fué admirable esta revelación por hallarse exenta de las imperfecciones de la materia y del conocimiento que se adquiere por los sentidos, fué por otra parte inefable y causó en su alma gran concepto y estimación de lo mucho que era Rosa.

El Doctor Juan del Castillo juró, quince años después de la muerte de Rosa, en el proceso que hicieron los segundos jueces apostólicos, escogidos para la información de la santa virgen: Que en visión imaginaria le había aparecido en medio de una luz muy resplandeciente, que tenía gran semejanza con la claridad divina de la Majestad inefable de Dios; y que en el centro se veía á Rosa vestida con el hábito de Santo Domingo, que despedía maravillosos rayos, y era la blancura del hábito singular y rara, por estar retocada con luces celestiales. Decía también que era incomparable la belleza de la virgen, y que no hallaba palabras con que poder explicarla. El rostro resplandecía con hermosura casi infinita; rodeado tenía el cuerpo de rosas cándidas y purpúreas sin número. Tenía en su diestra un ramo de palma, indicio manifiesto de su pureza, y así el ramo como las rosas despedían densos fulgores de gloria. Y no contentándose de favorecerle con dejarse mirar entre tantos abismos de hermosura y luces, le habló muchas veces, declarándole altísimos misterios acerca de la felicidad que gozaba; misterios que no puede comprender la inteligencia ni expresar la lengua humana.

Uno de los confesores de Rosa oyó de la boca del mismo Doctor Castillo, que más de cincuenta veces había gozado de apariciones gloriosas de la virgen Rosa. En la última declaración que hizo el año 1631, sin ser citado, cuando de su voluntad se presentó á los jueces apostólicos, afirma el mismo Castillo, que por espacio de seis meses, de día y de noche había sido admitido, por permisión divina, á contemplar la bienaventuranza de que gozaba Rosa, y que cuantas veces levantaba el espíritu para fijarle en Rosa, otras tantas había visto



á la virgen entre ejércitos de bienaventurados espíritus. Añadía que aunque poco á poco fué cesando la frecuencia de las visiones de Rosa, con todo eso no faltó á las leyes de urbanidad, enviando su celestial sustituto, y dándole sus veces para que le visitase y consolase en su nombre. Aparecía el ángel como un hermoso niño de edad de doce años, daba al Doctor noticias de la gloria de Rosa, y siempre buenas nuevas de su inefable gloria; y de esta suerte al fin, después de pasado algún tiempo vino á cesar todo.

A muchas personas devotas concedió la divina largueza que viesen á Rosa en el paraíso de su Esposo, florida-mente rodeada de vistosas y olorosas rosas y coronada con diadema de oro. Especialmente se apareció á una matrona viuda, celeberrima entonces en virtud y vida ajustada. Vióla muchas veces asistida de millares de angélicos espíritus, que gozosos la acompañaban entre resplandores de celestiales luces. Una vez la habló en visión imaginaria, diciendo: «Necesario es, madre, trabajar mucho, porque es cosa grande el premio que se da en el cielo, y no puedo negar, que le he recibido muy colmado, de lo que trabajé en la vida mortal.» Dijo esto Rosa con cara de risa, y agraciándole mucho la hermosura del hábito dominico que en aquella aparición vestía. Alguna vez vió esta misma persona á la virgen, espaciándose con Cristo en los jardines del em-píreo, que la seguía, dejándola adelantar algunos pasos. En otra ocasión la vieron divertida entre aromas y azucenas, compitiendo sobre cuál excedía en fragancia y en hermosura.

No es razón pasar por alto el mucho afecto y solicitud que mostró Rosa á su patria en alguna de estas apariciones. La venerable viuda, de quien hicimos mención poco ha, algunos días después que murió la virgen hacía oración en la iglesia, y la había visto muchas veces gozando de la bienaventuranza en la gloria, entre los coros de las almas santas que allí disfrutaban de dicha consumada. Acordóse de encomendar á su in-

tercesión la ciudad de Lima y el reino del Perú; y arrebatada luego en visión intelectual, miró á Rosa con divinas luces, y oyó que la respondía con afabilidad y cariño: «Así se hará como me lo pides, oh amada hermana, y estoy muy cierta que cuanto fuere en servicio del Señor dulcísimo, de cuya vista gozo, me concederá su bondad inclinada á mis peticiones. Tengo en la memoria cuanto me has encomendado, y no dejaré de rogar á Dios que se cumpla como deseas.» Concuera con esta visión otra que se refiere en el proceso y consta de la declaración jurada de Sor Catalina de Santa María. Fué en esta forma: Apareció muchas veces entre sueños la feliz Rosa á cierta persona, dándola á entender el dichoso estado que poseía en el cielo; en particular en dos ocasiones, con más gloria y resplandor que solía otras veces. La primera, para consolarla de grandes adversidades y tribulaciones que padecía, y la segunda, dejándose ver sobre su sepulcro, puesta de rodillas en oración, intercediendo con Dios por su amada patria. Y no es maravilla que estas dos veces apareciese más gloriosa, porque siendo la una para persuadir á tener paciencia, era justo que se mostrase como la Maestra seráfica: «Hermoseada con especial privilegio de paciencia.» Y siendo la otra para utilidad de su patria, era necesario que brillase en Rosa con mayores luces el amor ardiente que después de muerta la tiene. Para que estas visiones mereciesen crédito, y se reconociese que la relación de esta mujer era sencilla y sin ficción alguna, los expertos en la materia descubrieron buenas señales, cuales son profunda humildad, conocimiento de su nada, tranquilidad y sosiego del espíritu, gozo espiritual inflamado con nuevos incendios del amor divino, prendas que aseguraban la verdad con que hablaba.

Más prodigioso y más fecundo en beneficios y portentosas señales es lo que se sigue. Se hallaba enfermo de gravedad en el convento del Rosario de Lima, y de tanto peligro, que ya trataba de disponerse para la úl-



tima agonía el P. Maestro Fr. Agustín de Vega, Provincial del Perú, de la Orden de Predicadores. Ya daban todos por cierta su muerte, habíanle desahuciado los médicos y no le aplicaban medicamentos; sólo Rosa, que ya estaba segura en el Paraíso, tomó á su cargo cuidar del enfermo. Estaba durmiendo en su casa muy lejos del convento Cristóbal de Ortega, seglar en el estado, y de fortuna menos que mediana. A este se apareció la virgen en lo profundo de la noche, mandóle que en amaneciendo fuese al convento, que se viese con el Provincial que estaba á la muerte, y le dijese de su parte: «Que no moriría de aquella enfermedad por más que los médicos desconfiasen de su vida, y que había de sudar algún tiempo por la gloria de Dios, apremiado con la mitra de Obispo antes que se viese libre de las molestias de este mundo.» Dicho esto desapareció la gloriosa virgen. El dichoso Cristóbal Ortega viéndose tan en breve destituido de tan amable presencia y de la dulzura admirable que le causaba; y gozoso por otra parte de que se hubiese dignado de hacerle tan celestial favor, como era haberle hablado, sin poder contenerse dió voces, diciendo: «¡Ay de mí! La santa virgen Rosa ahora en este instante acaba de irse de aquí, y yo de perder su vista.» Despertando á los gritos su hijo Tomás que dormía muy cercano, supo todo el caso por boca de su padre. Y no haciendo aprecio de lo que refería, se empeñó en persuadirle que no diese temerariamente crédito á la vanidad incierta de los sueños. Respondióle su padre que no en sueños, sino muy despierto, había visto y oído á la virgen. Instaba el hijo que se quietase y que volviese al sueño. No lo pudo acabar con su padre, que impaciente de la pereza con que venía el día, gastó lo restante de la noche pensando en lo que le había sucedido. Apenas amaneció, avisada su esposa por el hijo, hizo cuanto pudo porque no saliese de casa ni fuese al convento á decir lo que había visto. Ya con ruegos, ya con cólera y voces, procuraba impedir á su marido, diciendo que no se arrojase

á afrentar su casa y familia con cuentos necios de engañosos sueños y que tuviese por cierto que le habían de tener por loco y juzgar que había perdido el juicio ó que deliraba. Mas él, tan firme en su propósito, como constante y cierto de la verdad que había visto y tocado casi con las manos aquella noche, con alegre confianza se fué al convento, saludó al enfermo, dijo lo que había mandado la virgen, con tal desembarazo y seguridad de ánimo, que obligó á todos á que le creyesen, y quitóles el miedo y las dudas la confianza con que lo decía. ¡Cosa maravillosa! No tardó en verificarse lo que había predicho; pues apenas acabó de pronunciar su embajada, comenzó el Provincial enfermo á reconocer que poco á poco iba mejorando; después encomendándose muy de veras á Rosa convaleció del todo, y finalmente durmió en el Señor lleno de años, siendo Obispo del Paraguay.

El Dr. D. Baltasar de Padilla, Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Lima, por mandato del señor Arzobispo fué con un notario á casa de una viuda á tomar su dicho en lo tocante á la vida y prodigios de Rosa. Cuando la estaban examinando aparecióse la virgen, alegre el rostro, resplandeciente y con mucha afabilidad y agrado, con ademán y señas de exhortarla, y como poniéndola ánimo para que dijese lo que sabía en lo que era preguntada, y aprobando y ratificando cuanto por su declaración se iba escribiendo en el proceso. Esto depuso después la viuda el año de 1630, hablando aparte á los Jueces apostólicos; y añadió, que en aquella ocasión se le apareció la virgen en el mismo traje y hábito que usaba en esta vida; pero con más alegre y más alhagüeño semblante, y como quien la daba gracias por el obsequio que la hacía testificando lo que sabía.

A otra persona muy dada á los ejercicios espirituales, en visión imaginaria se le manifestó Rosa, paseándose en la sala donde los Jueces apostólicos firmaron el proceso de su vida. Con sus mismas manos, más



blancas que la nieve, aderezaba la piéza y la aliñaba curiosamente, dando á entender juntamente que todo esto obraba porque allí había de recibir de los mortales los debidos tributos de honra y de verdad, pues en aquel lugar habían de testificar todo lo que sabían de su vida y acciones heroicas, á mayor honra del Señor, en cuya virtud las había ejecutado. Muy semejante á esto es lo que refiere D.<sup>a</sup> María de Usateguí, mujer del contador D. Gonzalo: añadiendo á lo dicho que la había visto estar componiendo á los notarios las escribanías y recado de escribir, mostrando con estas acciones lo que se complacía en ver que en la tierra se comprobasen jurídicamente los grandes beneficios que la mano liberal de Dios la había concedido. Pero si esta es visión distinta de la antecedente, ó si es la misma más explicada, no es fácil averiguarlo.

No se debe sin faltar á lo que se debe á la historia callar aquí lo que sucedió á la Madre María de Bustamante, monja profesa en el monasterio de la Santísima Trinidad de Lima, y lo que refirió ella misma con juramento, cuando la examinaron los jueces que formaron el proceso de Rosa por comisión Apostólica. Con toda sinceridad había respondido á los que la preguntaron sobre la vida de Rosa; pero como es el sexo mujeril pávido y temeroso por naturaleza, suele temblar cuando se ofrece jurar en los procesos; y no acaba de satisfacerse, cuando oye que fulminan censuras, quedando siempre con temor y escrúpulos sobre si dijo más ó menos, conforme al tenor del interrogatorio. Fué grande el tropel de escrupulosas dudas, que combatían el corazón de la religiosa, después de haber concluido su declaración. Vacilaba perpleja, si por no saber explicarse, ó por no tener la memoria tan firme se había excedido ó faltado en la verdad y puntualidad que la materia y el tribunal pedían. Por aquí la apremiaba la inquietud y el desasosiego para que volviese á corregir el dicho, moderándole en unas cosas y desdiciéndose en otras. Por allí cerraba el paso á esta reso-

lución la mucha vergüenza y la resistencia que en lo interior sentía y el no saber determinadamente lo que había de retratar en su dicho. En el interin su delicada conciencia, sin seguridad, sin reposo, sin hacer pie en nada, estaba inquieta, confusa y anegada en desvelos. Entre tantas angustias, durmiendo una noche en su celda, y estando sola en ella, sintió que la despertaban; que con imperiosa voz la llamaban, aunque sin causarla miedo y que moviéndola la interrumpían el sueño. Sentada sobre la cama, en vela, se admiraba de lo que la sucedía, sin saber quién ó por qué causa la habían quitado el sueño, y más á aquellas horas. Y mientras que revolviendo en su discurso estos pensamientos dudaba y escuchaba alerta por ver si sentía quién fuese la causa, oyó una voz suavísima y apacible que la decía al oído: «No dudes, María, no te acongojes, que Rosa de verdad es santa.» ¡Prodigio admirable de la gracia! Al punto se halló libre de los escrúpulos que tanto la afligían, desvaneciéndose la inquietud y las angustias, huyeron los temores, sosegóse el corazón y pasada la tormenta, se convirtió en bonanza, serenidad y alegría el peligro anterior. Tanto, que pudo pasar lo restante de la noche con descanso, seguridad y consuelo, sin ser necesario llamar á quien la acompañase. Aseguróse de que tan repentina mudanza, tanta quietud de ánimo, no podían venir sino sólo del cielo; y más sabiendo que el remordimiento de los escrúpulos que acerca de esto la inquietaba, solo Dios y ella podían saberle. Y siendo así, que una hoja que de noche se moviese la daba sobresalto, cuando oyó la voz que hemos dicho, no solo no la atemorizó; pero la infundió ánimo, seguridad y consuelo.

Mucho se pudiera decir en esta materia, si no temiéramos hacernos demasiado prolijos. En gracia de la brevedad omitiremos todos los otros casos, menos el que se refiere á Diego Pacheco, escribiente de Diego de Morales, notario apostólico en la causa de Rosa, para que trasladase el proceso, los autos de los jueces y las



declaraciones de los testigos. Encargó á éste Diego de Morales que dentro del breve tiempo que le fué señalado hiciese traslado de las 2.000 hojas de que constaba el proceso; con la particularidad de que no había de escribir corrido con soltura y rasgos, dejando correr la pluma, sino muy claro, con la clase de letra llamada bastardilla. Obedeció el amanuense, pero el primer día en que dió principio á la obra, comenzó á perder las esperanzas de darla acabada al plazo señalado; ni aun mucho tiempo después, porque no estaba acostumbrado á aquella forma de caracteres, y porque, como él después depuso con juramento ante los jueces apostólicos, de tal suerte se le cansaban al escribir los dedos, se le pasmaba el brazo, se le torcían y relajaban los nervios; que le obligó á decir muchas veces que estaba temeroso de que con la turbación del pulso, antes le habían de faltar las fuerzas, perder la mano ó el brazo que pudiese cumplir lo prometido ni acabar lo comenzado. Un día, pues, habiendo trabajado desde el amanecer hasta el sol caído, rendido, fatigado y con dolor del brazo se fué á la cama, dudando si se hallaría con fuerzas para pasar adelante al día siguiente. Dormido con el peso del tedio y fatiga, vió que entraba en la sala á visitarle Rosa con paso reposado, con rostro alegre y propicio, desterrando juntamente el espanto que visión tan extraña pudiera causarle. Y por no dar lugar á que se dudase quién era, apareció con el hábito y figura con que pocos días antes la había visto pintada. Callaron entrambos; mas Rosa llegándose á la cama le cogió el brazo, por aquella parte que media entre la muñeca y el codo, apretósele muchas veces con fuerza, túvole así no pequeño espacio de tiempo y desapareció luego. Despertando Diego Pacheco, ignorante del misterio, revolvía en su entendimiento lo que podía significar visión tan peregrina, haberle apretado el brazo y habersele tenido como en prensa tan largo espacio. «¿Acaso habrá querido con esto Rosa, se decía á sí mismo, darme á entender la inconstancia y poca fir-

meza de mi natural inquieto, por andar corriendo siempre y sin sosiego de una ciudad en otra, de un reino en otro reino? Sin duda que quiso avisarme que hiciese pie en una parte y que fuese constante en asentar domicilio fijo en esta ciudad insigne.» Fluctuando entre estas imaginaciones, comenzó á vestirse y ponerse el jubón, sintió más ágil el brazo derecho; pero sin acabar de caer en lo que ello era, se puso á escribir y proseguir desde la aurora hasta tocadas las Ave Marias, sin experimentar cansancio en las dedos, tormento en el brazo, ni pesadumbre en la mano; antes escribía más veloz y más ligero que nunca. Desde entonces comenzó á reconocer el beneficio que en su aparición le había comunicado la virgen, llevó adelante el traslado, sin sentir molestias, hallóse con fuerzas infatigables, y pudo dar glorioso fin al traslado de 2.000 hojas, que ya le parecían pocas, según era grande la facilidad con que las había escrito. Dada al volúmen la última mano, fué grande la admiración que causó á cuantos conocían la condición inconstante del mancebo escribiente, no acabando de creer lo mismo que veían; ni podían entender cómo en tan breve tiempo podía haber trasladado un crecido paquete de papel con letras cuadradas, como de molde, y que hubiese tenido paciencia y constancia para haberle trasladado. Pasemos ya á tratar maravillas de mayor peso.

